

fuego hubiera pasado por ellos. El cuerpo del caballo y la lengua del jinete ardian de calor y de sed. Rustam se apeó, y con el venablo en la mano se adelantó, vacilando como una persona ebria. No vió medio de salvar la vida, y dirigió los ojos al Cielo, exclamando: « ¡Oh Dios, distribuidor de la justicia, has acumulado sobre mi cabeza toda clase de penas y desventuras. Si te complaces con mis padecimientos, la medida de ellos se ha colmado para mí en este mundo. Yo me arrastro aun con la esperanza de que el Omnipotente prestará socorro al rey Kaus, y de que el justísimo señor del mundo librará al Iran de las garras del Deva. Son pecadores, es cierto; han sido rechazados por ti; pero son siempre tus adoradores y siervos. » Proferidas estas palabras, sintió que su cuerpo de elefante desfallecía á causa de la sed y que la cabeza le pesaba; cayó en el férvido suelo, y la lengua se le hendía de puro seca. Entónces un cordero alegre y sano acertó á pasar por delante de Tehemten; al verle, le ocurrió un pensamiento y dijo en su corazón: « ¿Dónde puede encontrarse el bebedero de ese animal? Ciertamente la gracia de Dios se esparce sobre mí en este momento. » Empuñó la espada con la mano derecha, y se levantó con la fuerza que le habia dado Dios, señor del mundo. Siguió los pasos del cordero, teniendo con una mano la espada y con la otra la brida de Raksc, y encontró en el camino un manantial de agua adonde se habia dirigido el cordero con la cabeza alta. Rustam elevó los ojos al Cielo y dijo: « ¡Oh Señor, cuyas promesas nunca son vanas! Alrededor de este manantial no se ve la huella de los piés del cordero, ni este cordero del desierto es mi pariente. » El que se halle en un grande apuro, no busque asilo sino en Dios Santísimo, pues los que se separan de la senda de Dios, único distribuidor de la justicia, están desprovistos de razon. Rustam bendijo al cordero del desierto, diciendo: « ¡Sean para ti siempre prósperas las rotaciones del cielo! ¡Verdeen siempre las yerbas de tus valles y desiertos! ¡Qué el corazón del leopardo no se alegre nunca á costa de tu vida! Cualquiera que trate de cazarte con armas y flechas, vea romperse su arco y sienta entristecerse su alma, pues que has salvado á Rustam, el del cuerpo de elefante, que sin ti no tenia que pensar mas que en su féretro; le hubiera tragado un poderoso dragon ó pereciera entre las uñas de un lobo, y los restos de Rustam habrian caído en manos de sus enemigos, ó sido despedazados por las fieras. » Cuando acabó su oracion gratulatoria, quitó la silla á Raksc, su rápido caballo, y lo lavó en aquella agua pura, dejándolo brillante como el sol. Rustam, luego que se hubo refrescado, se dispuso para la caza; se armó y llenó de flechas el carcaj. Derrubó á un asno semejante á un elefante salvaje, le quitó la piel, los piés y los intestinos; encendió un fuego ardiente como el

sol, sacó al asno del agua, le expuso al fuego, y cociéndolo suficientemente, se puso á comer, separando la carne de los huesos con las uñas. Habiéndose dirigido en seguida á la clara fuente, se bañó, y acabada esta tarea, pensó en reposar. Dijo á Raksc, su ardiente caballo: « No riñas con nadie ni busques compañía. Si se presenta un enemigo, acude á mí; y no combatas con ningun Deva ni leon. » Dicho esto se echó y descansó sin desplegar los labios: entretanto Raksc se puso á pastar y á correr hasta média noche.

TERCERA AVENTURA.

Rustam combate con un dragon.

Un dragon salió del desierto; hubiérase dicho que un elefante no podria librarse de él; su guarida estaba en aquella parte, y ningun Deva, por medio de encontrarle, habria osado pasar por allí. Fué y vió con estupor dormido á Rustam que aspiraba á poseer el mundo, y delante de él su caballo. Se preguntó á si mismo qué significaba aquella aparicion y quién seria el atrevido que reposaba en aquel lugar, al cual no osaba aproximarse ningun Deva, elefante, ni leon valeroso, y si algun ser viviente acometia tal empresa, pronto sucumbia en las fauces del monstruo. Dirigióse el dragon hácia Raksc, el resplandeciente, y Raksc acudió en busca del héroe que buscaba una diadema. Heria la tierra con sus uñas de bronce, la heria con los piés y agitaba la cola. Rustam sacudió el sueño, y la cabeza del prudente héroe se llenó de cólera. Miró en torno de sí; pero el furioso dragon habia desaparecido. Rustam riñó ásperamente á Raksc por haberle despertado, en seguida volvió á dormirse, y el dragon salió de nuevo de las tinieblas. Raksc corrió otra vez apresuradamente al lecho de Rustam, levantando las manos y coceando, y otra vez el héroe se despertó asombrado y con las mejillas pálidas de cólera. Volvió á mirar en derredor; pero sus ojos no distinguieron mas que la oscuridad de la noche. Entónces dijo á Raksc, su fiel y vigilante caballo: « Tú no puedes disipar las tinieblas de la noche; no haces mas que interrumpir mi sueño; te parece que llevo mil años de dormir. Si se repite la escena, te cortaré la cabeza con mi espada de acero; iré á pié al Mazanderan, arrastrándome en busca del yelmo, la espada y la pesada maza. Te habia dicho que si viniere un leon á atacarte, combatiría con él y te salvaria; pero no te he dicho que te precipites sobre mí durante la noche. Aguarda á que me despierte. »

Rustam se durmió por la tercera vez, despues de cubrirse el pecho con la coraza de piel de leopardo, y de nuevo el feroz dragon comenzó á rugir; parecia que al respirar vomitaba fuego.

CUARTA AVENTURA.

Rustam mata á una maga.

Esta vez Raksc huyó al traves de la praderia, no atreviéndose á acercarse al Pelewan. Se le despedazaba el corazón con esta extraña aventura, vacilando entre el miedo de Rustam y del dragon. Pero el amor que tenia á Rustam no le permitió tranquilizarse; corrió hácia su amo, rápido como el viento, relinchando, haciendo ruido, levantando las manos y hendiendo con la pezuña el suelo por todas partes. Rustam se despertó de su dulce sueño, y montó en cólera contra su fogoso caballo; pero Dios, creador del mundo, quiso que esta vez la tierra no pudiese ocultar al dragon; Rustam lo divisó en medio de la oscuridad, y desenvainando la tajante espada, tronó como nube de primavera, y llenó la tierra con el fuego del combate. Dijo al dragon: « Dime tu nombre, pues de hoy en adelante no recorrerás mas la tierra á tu antojo; mi mano no debe arrancarte el alma del negro cuerpo, si antes no sé tu nombre. » El dragon maldiciente contestó: « Nadie puede librarse de mis garras; desde hace muchos siglos habito en este desierto, y el cielo sublime que lo cubre es el punto donde respiro. No hay águila que se atreva á volar sobre él, y las estrellas no lo miran ni aun en sueños. » El dragon añadió: « ¿Cuál es tu nombre? Es fuerza que tu madre te llore. » Rustam le respondió: « Soy Rustam. Mi padre es Destan, hijo de Sam; mi abuelo es Neriman. Soy un ejército que busca el combate y huella la tierra, cabalgando sobre Raksc, el intrépido: tú me verás salir vencedor de la pelea, y haré que salte al suelo tu cabeza. » El dragon se avalanzó contra él; mas llevó la peor parte, pues Raksc, cuando vió la fuerza corporal del dragon que atacaba de aquel modo al distribuidor de las coronas, bajó las orejas, y ¡oh maravilla! empezó á destrozarse con los dientes las espaldas del dragon, y á despedazar su piel, como habria hecho un leon, y el valeroso Pelewan quedó sorprendido. Rustam tiró al dragon una cuchillada, derribó su cabeza, y la sangre salió del tronco á modo de torrente. La tierra desapareció bajó la masa que formaba aquel cuerpo, y brotó una fuente de sangre. Cuando Rustam contempló aquel dragon furibundo, su pecho, sus piés, su abrasado aliento, cuando vió que ocupaba todo el desierto, y que la sangre negra que salia de él se derramaba por la negra tierra, quedó aterrado y permaneció sumido en estupor largo tiempo; en seguida invocó el nombre de Dios, entró en el agua, se lavó la cabeza y el cuerpo, y deseó no conquistar el mundo sino con la fuerza que Dios, protector del mundo, le habia dado. Se dirigió á Dios con estas palabras: « ¡Oh dispensador de la justicia, me has concedido saber, fuerza y gloria. ¿Qué son ante mí un leon, un Deva, un desierto, un elefante, un desierto sin agua ó las olas azules del mar? Sea grande ó pequeño el número de mis enemigos, cuando monto en cólera, ellos se convierten á mis ojos en un hombre solo. »

Terminadas sus devociones, el valiente Rustam puso á Raksc la gualdrapa, montó á caballo, y continuó su viaje, entrando en el país de los mágicos. Despues de andar largo trecho, en el momento en que la luz del sol desaparecía, vió árboles, yerba y agua corriente; en suma, un lugar digno de un jóven héroe; vió un manantial semejante al ojo del faisán, y dentro una copa de vino encarnado como sangre de paloma, un argali asado, pan encima, un salero y dulces en derredor. Apeándose, quitó la silla á Raksc y maravillado se acercó al argali y al pan; era aquella la comida de los mágicos, que habian desaparecido al llegar Rustam y al sonido de su voz. Se sentó junto á la fuente, sobre un haz de cañas, y llenó de vino una copa de rubí. Halló al lado del vino una lira de sonidos armoniosos, y el desierto entero parecia una sala donde se daba un banquete. Rustam, apoyándose la lira en el pecho, sacó de ella melodiosos sonos, y cantó de este modo: « Rustam es el azote de los malvados; así son ros los días de alegría. Cada campo de batalla es su torneo; el desierto y la montaña son sus jardines; todos sus combates son contra los Devas y dragones valerosos, y jamas podrá estar separado de los Devas y de los desiertos. El vino y la copa, la rosa perfumada y el jardin no constituyen la parte que la naturaleza me ha señalado: mi perpétua ocupacion es combatir con los cocodrilos ó defenderme de los tigres. »

Este canto, acompañado de los suspiros de Rustam y del sonido que despedia el instrumento bajo sus dedos, hirió los oidos de una maga, la cual, dando á su semblante el aspecto de la primavera, á pesar de la impropiedad de todos aquellos adornos, se acercó á Rustam hermoseada por los colores y perfumes, le preguntó *quién era* y se le sentó al lado. Tehemten dirigió á Dios una plegaria, invocó su proteccion y le dió gracias por haber hallado en el desierto del Mazanderan vino, música y una jóven que bebia *con él*. Ignoraba que era una vil maga, un Arimanes oculto bajo colores lisonjeros. Le puso en la mano una copa de vino y profirió el nombre de Dios justo, dispensador de todo bien; pero, en cuanto hubo pronunciado el nombre del señor del amor, las facciones de la maga se trastornaron, pues su espíritu no conocia el sentido de la adoracion, y su lengua no sabia articular una plegaria. Se puso negra al oír el nombre de Dios; y Rustam, advirtiéndolo, echó con mas rapidez que el viento el nudo de su lazo, y cogió en él de repente la cabeza de la maga. Á su vez le dirigió preguntas, y le dijo: « Confiesa quién eres; muéstrate bajo tu verdadera forma. » Entónces dentro

de aquel lazo, se mudó en vieja decrepita, toda arrugas y sortilegios, magia y maldad. Él la cortó en dos, y llenó de terror el corazón de los mágicos.

QUINTA AVENTURA.

Aulad cae en manos de Rustam.

Continuando desde allí el camino cual conviene al viajero, Rustam se dió prisa, y llegó á un sitio desprovisto de toda luz: reinaba allí una noche tan negra como el rostro de un Negro; no se veían estrellas ni luna brillante; parecía como si el sol estuviese encadenado y las estrellas en el nudo de un lazo. Rustam abandonó las riendas á Raksc, y mirando en torno de sí no distinguía en aquella oscuridad las alturas ni los arroyuelos. En seguida llegó á un lugar inundado de luz, donde vió la tierra vestida de verdor, cual si fuese de seda. Allí los viejos se rejuvenecían; todo estaba verde; había aguas corrientes por todas partes. Los vestidos de Rustam estaban bañados de sudor; necesitaba reposo y sueño. Se quitó la coraza de piel de leopardo; el gorro que llevaba debajo del yelmo estaba hecho un agua; expuso al sol ambas cosas, y se apresuró á echarse y dormir. Aflojó la brida en la boca de Raksc, y le dejó correr por los campos verdes y sembrados. Enjutos el gorro y la coraza, se volvió á vestir, y se formó una cama de yerbas como el león. Pero el encargado de custodiar la llanura, viendo el caballo vagar por los campos, acudió furioso, y dirigiéndose hacia donde estaban Rustam y Raksc, dió al guerrero un golpe en los piés con su maza. Despertóse Rustam y el guarda le dijo: « ¡Oh Arimanes! ¿por qué dejas entrar á tu caballo en el terreno sembrado? ¿por qué le impeles contra quien no te ha ofendido? » El prudente Rustam se irritó al oírle, se avalanzó furioso, y le cogió de las orejas, que apretó y arrancó de raíz sin hablar palabra buena ni mala. El guarda tomó á toda prisa sus orejas, aullando de dolor y fuera de sí. Ahora bien, el dueño de este país era Aulad, joven guerrero de gran fama. El guarda acudió á él en queja, goteando sangre de la cabeza y las manos, y con los orejas arrancadas, y le dijo: « Un hombre semejante á un Negro Deva, con coraza de piel de leopardo y yelmo de hierro, ha entrado en tus Estados; de piés á cabeza es un vil Arimanes ó un dragón que duerme en su coraza. He corrido para echar á su caballo de lo sembrado; pero él no me dejó tiempo de atender al caballo ni á los campos; en cuanto me vió, se arrojó sobre mí, me arrancó las orejas sin desplegar los labios, y volvió á dormirse. »

Aulad estaba entonces en el parque cazando con sus grandes; pero cuando oyó la relación del guarda y vió las huellas del león en el terreno de la caza, dió vuelta al caballo, imitan-

dole sus compañeros que llevaban alta la frente, y se encaminó á la parte donde Rustam había aparecido, para enterarse de quién era y por qué había hecho aquello. Mientras se adelantaba, ávido de combates, Rustam corrió hacia Raksc, montó á caballo, sacó la espada y marchó á su encuentro como nube de que sale el trueno. Aproximáronse uno á otro, y empezaron á explicarse. Aulad le dijo: « ¿Cómo te llamas? ¿Quién eres? ¿Quién es tu rey y tu apoyo? No es permitido pasar así por el camino de los leones valerosos. ¿Por qué has arrancado las orejas al guarda de la llanura y hecho pacer al caballo en los campos sembrados? Haré que el mundo se vuelva oscuro para ti, y arrojaré al suelo tu yelmo. » Rustam le respondió: « Mi nombre es la nube, y si la nube combate con el león, hará llover botas de lanza y cuchilladas, y cortará la cabeza de los grandes. Si mi nombre llega á tu oído, helará el soplo de tu vida y la sangre de tu corazón. ¿Por ventura no has oído hablar en todas las reuniones del lazo y el arco del héroe del cuerpo de elefante? Toda madre que ha dado á luz un hijo como tú, dice que cose un paño fúnebre y llora. Venir con esa multitud contra mí, es como lanzar viento contra el Cielo. »

Rustam desenvainó la espada mortífera, suspendió su lazo arrollado del arzon de la silla, y semejante á un león en medio de un rebaño, mató á cuantos le rodeaban. Á cada golpe separaba de los cuerpos las cabezas de aquellos valientes, como mieses segadas. Derribó á los grandes con sus golpes, y con sus cabezas se formó á los piés un lecho. Todo aquel ejército derrotado por Pelewan huyó llorando y desolado. Los valles y las llanuras se llenaron de caballeros que se dispersaron por las montañas y los barrancos. Rustam corrió como un elefante furioso, llevando su lazo sesenta veces arrollado al brazo, y cuando Raksc estuvo cerca de Aulad, el día se oscureció á los ojos del señor de la diadema. Rustam arrojó su largo lazo, y la cabeza del soberbio guerrero quedó envuelta en él. Le sacó de la silla y le ató las manos; en seguida le derribó en el suelo ante sí, y volviendo á montar á caballo, le dijo: « Si me descubres la verdad; si no te cojo en mentira; si me muestras la habitación del Deva blanco, la residencia de Pulad, hijo de Gandi y la de Bid; si me guías á la prisión donde está el rey Kaus, que fué el autor de estas desventuras; si no me ocultas la verdad; si no faltas á la justicia, quitaré al rey de Mazanderan la corona, el trono y la maza pesada, te haré dueño de este país ó de este reino; se entiende, si no me engañas, pues de lo contrario, haré correr de tus ojos un torrente de sangre. » Aulad le respondió: « Purifica tu cerebro de la cólera, y abre una vez los ojos; no me arranques inconsideradamente el alma del cuerpo, y te enseñaré cuanto pides; te mostraré todas las ciudades y los caminos que conducen á la prisión del

» rey Kaus; te indicaré la mansión de Bid y del Deva blanco, pues que permites á mi corazón esperar. ¡Oh tú, cuyas huellas son tan afortunadas! hay cien farsangas desde aquí adonde está el rey Kaus, y desde allí hasta la residencia del Deva blanco, se cuentan otras cien farsangas, peligrosas bajo todos conceptos. Entre dos montañas hay un sitio espantoso, sobre el cual ninguna águila osaría volar, y donde se abre, en medio de doscientas mas, una horrible caverna cuya extensión es inmensa. Doce mil Devas valerosos velan en la montaña durante la noche; su jefe es Pulad, hijo de Gandi, y su custodio Sandieh, el vigilante. De todos estos Devas es señor el Deva blanco, bajo quien la montaña se agita como hoja de arbusto. En él encontrarás á un valiente, cuyo cuerpo es como una montaña, y cuyo pecho y hombros tienen diez cuerdas de anchura y otro tanto los brazos; y no obstante tus brazos, tus manos y tus riendas, no obstante tu tajante espada, tu maza y tu lanza, no obstante tu elevada estatura y tu fuerza, te será difícil vencerle. Pasando mas allá, encontrarás un país pedregoso y desierto, que una cierva no osaría atravesar y una vez salvado, hallarás un río, cuya anchura excede de dos farsangas, custodiada por el Deva Kunareng que manda á todos los Devas. En seguida llegarás á Burguse, donde habitan los Nerpais, y que se parece á un palacio con cien farsangas de extensión. Al otro lado, un camino difícil y largo conduce á la ciudad de Mazanderan, por cuyo país hay esparcidos jinetes en número de mil veces mil, y en tan gran multitud de gente provista de armas y de riquezas no tropezarás con un solo cobarde; en la ciudad verás mil doscientos elefantes de guerra que apenas pueden caber allí. Tú eres solo, y aunque fueses de hierro, ¿osarías entrar en lid con esos Arimanes? »

Rustam se sonrió al oír estas palabras, y le respondió: « Si me acompañas como guía, verás lo que haré de esos Arimanes este hombre solo, con la fuerza que Dios, dispensador de la victoria, le ha concedido, con su fortuna, su espada y su valor. Cuando prueben la fuerza de mi pecho y de mis brazos, y los golpes de mi maza en el combate, la planta de sus piés y la piel de su cuerpo se les henderán de miedo, y llegarán á no distinguir las riendas de los estribos. Ahora muéstrame el camino que conduce á la prisión de Kaus, y ponte en marcha. »

Dijo, subió alegremente sobre Raksc, y Aulad le precedió rápido como el viento. No descansó ni por la noche oscura, ni durante el luminoso día, y corrió hasta la falda del monte Asprus, al punto donde Kaus había conducido su ejército y donde los Devas y los mágicos le habían abrumado de desventuras. Pasada la mitad de la noche oscura, oyeron al otro lado de la llanura un rumor, y un sonido de tambores, y vieron encender fuegos en el país

de Mazanderan, y brillar lámparas en todas partes. Rustam dijo á Aulad: « ¿Por qué encienden fuego á derecha é izquierda? » Aulad respondió: « Esa es la entrada del país de Mazanderan: las dos terceras partes de los Devas no duermen de noche. Sin duda el Deva Arzeng está allí donde se oyen ese rumor y esos gritos continuos. » Entonces Rustam se echó á dormir, y cuando el sol mostró su faz resplandeciente, ató á Aulad á un árbol y le sujetó fuertemente con la cuerda de su lazo; colgó de la silla la maza de su abuelo, y partió lleno de valor y de prudencia.

SEXTA AVENTURA.

Combate de Rustam con el Deva Arzeng.

Rustam, con yelmo real en la cabeza y cubierto el pecho por la coraza de piel de leopardo, bañado en sudor, se dirigió en busca de Arzeng, jefe del ejército, y habiendo llegado junto á aquellas tropas que anhelaban el combate, lanzó en medio de la multitud un grito tal que pareció como si se hendiesen el mar y las montañas. El Deva Arzeng, oyendo aquel grito, salió de la tienda, y Rustam al verle, empujó á su caballo, se precipitó sobre él, semejante á Aderguschasp, le prendió diestramente de la cabeza y las orejas, le arrancó la cabeza del tronco como hace un león, y la arrojó chorreando sangre donde se encontraba el ejército del Deva. Cuando los Devas vieron su maza de hierro, desmayaron por temor de caer en sus garras, y huyeron sin consideración al terreno, consistiese este en llanuras ó en lugares escarpados; los padres derriban á sus hijos para huir mas aprisa. Rustam desenvainó la espada de la venganza, y exterminó aquella muchedumbre de Devas, y cuando el sol que ilumina al mundo se inclinó hacia el horizonte, volvió apresuradamente al monte Asprus. Soltó los nudos del lazo con que había sujetado á Aulad, y se sentaron bajo un árbol elevado. Rustam preguntó á Aulad cuál era el camino de la ciudad donde estaba el rey Kaus, y oída la respuesta, se puso rápidamente en marcha, precediéndole á pié su guía.

Cuando el distribuidor de las coronas entró en la ciudad, Raksc exhaló un grito semejante al ruido del trueno. Kaus oyó su voz, y comprendió al momento lo que Rustam había hecho desde el principio al fin. Dijo á los Iraneses: « Nuestros malos días han terminado; ha herido mis oídos la voz de Raksc, y mi espíritu y mi corazón han cobrado nuevo vigor al oírle. Así relinchaba en tiempo de Kobad, cuando este atacó al rey de los Turcos. » Los Iraneses dijeron entre sí: « Estas pesadas cadenas han trastornado el cerebro de Kaus; la razón, el juicio y la inteligencia le han abandonado; diríase que habla en sueños. Ninguno viene á socorrernos en este duro

» cautiverio, y la fortuna nos ha abandonado » del todo. » Al mismo tiempo el héroe, mas brillante que el fuego, lleno de ardor guerrero, llegó á la prision del rey : se acercó á Kaus, y todos los grandes como Guderz, Thus y Guiv, el valiente, Kustehem, Chidusc y Bahram, el leon, le rodearon. Rustam compadeció mucho al rey, le tributó homenajes, y le interrogó sobre sus largos padecimientos. Kaus le estrechó contra su pecho, y le pidió noticias de Zal y que le refiriese las fatigas del viaje; en seguida le dijo : « Ahora es preciso que hagas » correr á Raksc sin que estos Devas lo adviertan, pues que cuando el Deva blanco sepa » que Arzeng ha desaparecido de la tierra y que » Rustam se halla junto á Kaus, todos los Devas se reunirán, tus fatigas serán vanas, y el mundo se llenará de un ejército de Devas. » Marcha inmediatamente á la mansion del » Deva, y no des reposo al cuerpo, á la espada » ni á las flechas. Si Dios, el purísimo, te ayuda, harás saltar al suelo las cabezas de los » mágicos. Es necesario que atravieses siete » montañas, llenas en todas partes de Devas ; » despues te verás delante de una caverna que, » segun he oído, es morada de espanto y » de terror. Á la entrada hay muchos Devas » guerreros, prontos á combatir como tigres. En esa caverna esta el Deva blanco, » que es al mismo tiempo el terror y la esperanza de su ejército. ¡ Ojalá le venzas ! » porque es el jefe y sosten de sus tropas. La » vista de mis compañeros está debilitada por » efecto de los dolores, y la mia se encuentra » turbia y ofuscada. Los médicos que han » visto mis ojos, me dan esperanza de curar » los por medio de la sangre del corazón y del » cerebro del Deva blanco. Un hombre entendido » en medicina me ha dicho : *Derramando en » tus ojos tres gotas de su sangre, gruesas » como lágrimas, ese ofuscamiento se disipará.* » El héroe del cuerpo de elefante se dispuso para el combate y se puso en camino, diciendo á los Iraneses : « Sed vigilantes : voy » á combatir con el Deva blanco, es un elefante en la guerra, un ser lleno de astucias, » y reune en torno de sí un grande ejército. » Si me coge en sus lazos, permaneceréis aun » largo tiempo en el abatimiento y la afliccion ; » pero si el señor del Sol me ayuda, si mi buena estrella me da fuerza, recuperaremos » nuestro país y trono, y este árbol real producirá nuevos frutos. »

SÉPTIMA AVENTURA.

Rustam mata al Deva blanco.

Rustam se puso en camino dispuesto á combatir, y llena la cabeza de odio y de ardor guerrero. Llevó consigo á Aulad, é impelió á Raksc, rápido como el viento. Cuando Raksc llegó á las siete montañas, junto á aquellas tropas de

valerosos Devas, Rustam se acercó á la caverna sin fondo; vió en derredor el ejército del Deva y dijo á Aulad : « En todas las preguntas que te he dirigido, has hablado con » verdad; ahora que ha llegado el tiempo de » ir al combate, muéstrame el camino y descúbreme el misterio. » Aulad le respondió : « Cuando el sol caliente, los Devas se irán á » dormir, y entonces tú podrás alcanzar el » triunfo; pero ahora es preciso que aguardes » un poco. Mas tarde no verás ya sentado á » ninguno de los Devas, fuera de algun mágico que esté de guardia; entonces podrás vencerlos, si el señor de la victoria te ayuda. »

Rustam no se apresuró á ponerse en marcha antes de que el sol tomase fuerza; ató á Aulad de piés á cabeza, y se sentó sobre los nudos del lazo; en seguida, sacando de la vaina la espada del combate, lanzó un grito semejante al estallido del trueno, y proclamando su nombre se arrojó en medio de los Devas é hizo saltar sus cabezas con la espada. Ninguno le resistió en el combate, ninguno quiso buscar gloria y renombre trabando lid con él. Marchó, pues, adonde estaba el Deva blanco, igual al sol resplandeciente : vió una caverna parecida al infierno, cuyo fondo se perdía en la oscuridad; allí se detuvo algun tiempo con la espada en la mano. No era sitio donde se pudiera desear el combate, y de donde fuera posible huir. Despues de restregarse las cejas y lavarse los ojos, examinó largo tiempo la oscura caverna, y vió *al fin* en las tinieblas una masa que la ocupaba toda; era de color negro, y tenia melenas como la del leon : con su altura y anchura llenaba el mundo. Así vió Rustam al Deva dormido; pero no se dió prisa á matarle, exhaló un grito como el del tigre, y el Deva, ya despierto, se avalanzó para combatir con Rustam, semejante á una negra montaña; los brazales eran de hierro, y tambien el yelmo. Cogió una piedra del tamaño de la de un molino, y corrió hácia Rustam como humo que vuela. El corazón de Rustam tembló ante el Deva, y el héroe creyó inminente su pérdida. Encendióse en ira como un leon salvaje, asestó al Deva un golpe de su tajante espada en la mitad del cuerpo, y con la fuerza del brazo separó de aquel gran cuerpo un pié y un muslo. El herido se le arrojó encima á modo de un enorme elefante, de un leon furioso; apoyado en un solo pié luchó con el héroe, arruinando toda la caverna, y aferró al Pelewam por el pecho y el brazo, esperando derribarle; mutuamente se arrancaron pedazos de carne, de modo que el suelo al rededor se empapó en su sangre. Rustam dijo entre sí : « Si hoy salvo la vida, viviré eternamente. » Y el Deva dijo tambien en su corazón : « Desespero de mi dulce vida, y aun cuando sabeliese de las garras de este dragon, despues » de haber perdido un pié y con la piel despedazada, ni pequeños ni grandes me volverán á » ver en el Mazanderan. » Así habló el Deva

en sus adentros; pero no por eso desmayó. Los dos enemigos continuaron luchando, y sus cuerpos goteaban sudor y sangre. Rustam, con la fuerza que el Creador del alma le habia dado, combatió largo rato penosamente y con rabia. Al fin de estos esfuerzos y de este combate, el héroe glorioso logró echar el lazo al Deva, le aferró, le levantó como un leon vigoroso por encima de la espalda, y le lanzó contra la tierra con tal fuerza que la vida abandono al cuerpo; en seguida sumergió el puñal en el corazón del Deva, y arrancó el hígado de aquel negro cuerpo. El cadáver llenaba toda la caverna, el mundo casi se habia convertido en un mar de sangre.

Rustam, de vuelta adonde estaba Aulad, le desató, colgó del arzon el lazo real, entregó á Aulad el hígado del Deva, y marchó en busca del rey Kaus. Aulad le dijo : « ¡ Oh leon valeroso ! tú has subyugado el mundo con tu » espada; pero mi cuerpo lleva las señales de » tus ligaduras; estoy destrozado por los nudos » de tu lazo, y aunque me has hecho esperar » una recompensa, mi esperanza necesita ser » renovada. No es propio de ti faltar á la palabra, porque eres un indomable, y tienes el » aire de un rey. » Rustam le respondió : « Te » daré el país de Mazanderan de uno á otro extremo; pero me queda todavia que efectuar » una grande empresa; aun me aguardan largos combates, en los cuales puedo ser vencido ó vencedor. Es preciso que arroje del trono al rey de Mazanderan, y le precipite en » la tumba; es preciso que con mi puñal corte » la cabeza á muchos millares de estos Devas » aplicados á la magia. Ejecutado esto, espero someter la tierra, y aunque no consiga » mi objeto, cumpliré de todos modos mi promesa. »

El Pelewam, el leon de las huellas afortunadas, llegó á la mansion de Kaus, y entre los grandes se levantó un grito de alegría porque habia vuelto el Sipedar de alma resplandeciente. Le salieron á recibir, bendiciéndole y colmándole de muestras de gratitud. Él dijo : « ¡ Oh » rey, que has aprendido la sabiduría ! goza en » la muerte de tu enemigo, he destrozado el » pecho del Deva blanco, y el rey de Mazanderan no tiene ya que esperar en él; he arrancado el hígado del cuerpo del Deva. ¿ Qué » me ordenará ahora el rey victorioso ? » Kaus invocó sobre él las bendiciones de Dios diciendo : « ¡ Ojalá que no faltés nunca á la » corona ni al ejército ! El nombre de la madre » que llevó en su seno un hijo como tú, no » debe ser pronunciado jamas sino con bendiciones; mil gracias á Zal y á todo el país de » Zabulistan por haber producido un héroe » cual eres tú, héroe que no ha tenido hasta » ahora igual en el mundo. Pero mi fortuna es » mayor que la de tus dos padres, pues que el » elefante que derriba al leon es mi súbdito. » Cuando el rey hubo acabado de bendecirle, le dijo : « ¡ Oh valiente de las huellas afortuna-

das ! destila la sangre del Deva en mis ojos » y en los de esta multitud, á fin de que podamos contemplarle de nuevo. ¡ Que Dios » Criador te proteja ! » Vertióse en los ojos del rey aquella sangre, y de turbios se volvieron brillantes como el sol. Se colocó el trono de marfil sobre el estandarte real, y encima se suspendió la corona; el rey se sentó en el trono del Mazanderan, rodeado de Rustam y de los héroes ilustres, como Thus y Feriburs, y Guderz y Guiv, Rehham, Gurghin y el valiente Barham, y durante siete dias celebró fiesta con banquetes, con cantos y con música.

El octavo dia subieron todos á caballo, el rey, los grandes y el ejército. Alzaron todos sus mazas pesadas, y se dispersaron en el país del Mazanderan. Partieron, por orden del rey, como llama que se levanta de cañas secas, encendieron con sus espadas un fuego devorador, incendiaron el país por todas partes, y mataron tantos mágicos que su sangre formó un rio. Cuando se acercó la negra noche, los valientes descansaron de sus combates, y el rey Kaus dijo al ejército : « Sus culpas han » sido ya castigadas; han alcanzado su merecido; pero de hoy en adelante os abstendréis » de matar. Es menester que un hombre grave » y prudente, un hombre que sepa cuándo » conviene apresurarse y cuándo retardar, se » dirija al rey del Mazanderan, á fin de despertar » su prudencia y llenar su espíritu de temor. » El hijo de Zal y los grandes que estaban con él quedaron satisfechos al oír estas palabras, y el rey Kaus envió cartas al rey del Mazanderan para iluminar su alma tenebrosa.

Kaus escribe al rey del Mazanderan.

Un hábil escribano extendió en buenos caracteres, sobre blanca seda, una carta de temor y de esperanza, y usó en ella de palabras, ya suaves, ya duras. Empezaba celebrando á « Dios justísimo, por quien se manifiestan en » el mundo todas las virtudes, que ha dado á » los hombres la razon, creador del cielo que » gira, por quien existen la dureza y la crueldad, así como el amor; que nos ha dado » poder de ejecutar el bien y el mal; señor de » las rotaciones del sol y de la luna. Si obras » bien, si tu fe es pura, no recibirás sino alabanzas de la boca de los hombres; pero si tu » índole es perversa, si obras mal, la rotacion » del cielo te traerá tu destruccion. Si Dios, » señor del mundo, es justísimo, ¿ cómo sustraerse á sus decretos ? Mira cómo Dios castiga » las malas acciones, cómo ha aniquilado á los » Devas y á los mágicos. Si piensas ahora en » tu suerte, si tu entendimiento y tu espíritu » te han iluminado, deja inmediatamente el » trono del Mazanderan, y preséntate á mi » corte en clase de vasallo. Pues que no eres » bastante fuerte para luchar con Rustam, págame sin demora el tributo ó censo que te